

la huida **INVERSA**

Patricia Rodríguez

El Desvelo ; El Legado del Barón

para Ernesto

*Volando hacia poniente,
a una velocidad superior
al movimiento de rotación de la tierra,
parecía que el sol saliera por el oeste.*

Concorde's Last Flight, CHANNEL 4

1. Habitáculo reforzado

Lo que sucede en el exterior, más allá del parabrisas, es una imagen, nada más.

A partir de ahora, todo lo que veo será una fotografía plana, sin profundidad de tiempo. Todo lo que ocurra fuera de mi campo de visión ha dejado de preocuparme.

Esta decisión, delimita la carretera y encaja bien con el encuadre natural del parabrisas. Le he puesto un límite a su alcance y aunque las formas y la luz que contiene vayan cambiando, de ahora en adelante, su significado va a limitarse a un plano superficial, a una representación llana del presente.

Lo que existe más allá de esta imagen está desenfocado, es inalcanzable o queda fuera de mi campo de actuación. ¿Y lo anterior, todo lo que me ha conducido hasta aquí? El pasado es una entidad inmóvil.

Al principio, temo mirar los espejos retrovisores pero enseguida me doy cuenta de que el reflejo que me devuelven no es más que una distorsión. Un recorte de distancia superada vista en sentido contrario.

En el estado más próspero de la nación, el firme de alquitrán tiene un color ceniciento y apagado, la misma pigmentación anémica que comparten la mayoría de las carreteras y las infraestructuras públicas.

Ahora, la autopista desciende en una gran curva abierta hasta nivelarse con el mar. Este es el cambio de rasante definitivo antes de agotar la ciudad y aquí aparece el horizonte. Es el único momento memorable del trayecto y el único punto en el que mi desplazamiento diario me recuerda a un viaje real.

Cuando aparece el océano, sientes la compañía de los que salen contigo. Son los mismos que regresan cada noche a tu lado. Sus vidas te dan igual pero, en este

punto del trayecto, el Pacífico brilla y todos aminoramos la velocidad al unísono. Aflojamos la presión del acelerador y pensamos que nos gustaría intercambiar una mirada con el conductor de al lado, verle la cara a quien está inmediatamente detrás o delante de nosotros.

Si el día ha amanecido con niebla, el sol inyecta en las nubes una profundidad alarmante y el cielo se muestra como lo que es en realidad, una masa de vapor cambiante, un intercambio titánico de gases inestables; la forma más probable que tendría el tiempo si fuera materia.

Entonces, también te gustaría intercambiar una mirada con quienes conducen a tu lado pero sabes que debes mantener la atención fija en lo que viene, mirar sólo hacia adelante y no dejarte distraer por las brumas mentirosas del pacífico norte.

Puede que la causa de esta desaceleración colectiva no sea el cielo, sino el destello que el sol enciende en el agua. El fognazo metálico del océano que, de pronto, se delata como una fuente inmensa de energía.

No es una imagen apta para las primeras horas del día de un trabajador medio.

Los trabajadores tenemos medidas nuestras aspiraciones de la mañana. Sorber café de un vaso desechable por el orificio de una tapa de plástico. Hacer una llamada al volante, sin ser multados. Escuchar una canción que nos recuerde la ubicación aproximada de ciertas vísceras dentro de nuestro tórax.

Tenemos escogidas nuestras acciones viables, los mínimos desvíos que podemos completar sin alejarnos del cometido que nos ha sacado de la cama. Sabemos a dónde vamos. Tres o cuatro gestos mínimos deberían bastarnos para llegar al trabajo con una sensación básica de propiedad sobre nuestras vidas.

Encajar la belleza del océano no tiene cabida entre estas acciones. Admitir la fuerza absoluta del cielo no es una actividad tolerable. Su ímpetu ofensivo es un recordatorio

de cosas que sólo podríamos perseguir en otra vertiente de nuestras vidas.

El brillo de la luz rebotando contra el agua está haciendo que mi decisión peligre. Invade el flanco izquierdo del parabrisas que está a punto de dejar de ser una imagen plana, de sobrepasar sus límites ortogonales. Empieza a parecerse a un anhelo, algo que no podría permitirme ahora.

Enciendo la radio. Ajusto el sistema de climatización. Endezco la espalda contra el asiento. En cuestión de segundos, la luz del mar desaparece tras unos edificios de nueva construcción y unas vallas publicitarias. El arte divinador de la publicidad predice la felicidad de las familias que habitarán el complejo residencial muy pronto. El parabrisas retoma su imagen domada, con sus límites de altura, de anchura y de profundidad.

He cerrado bien la puerta de casa. Le he dado dos vueltas a la llave. Las ventanas. Las ventanas también estaban cerradas, aunque a veces deje las ventanas abiertas por la noche. No es por el calor. Es por el calor, además, pero no es sólo por eso. Es para que entre aire y por razones que nunca reconocería en voz alta.

Mi ventana abierta es una invitación al peligro. Un canal despejado para la invasión. A veces invito peligros nocturnos sin forma que pueden adoptar la apariencia de insectos sedientos, pequeños roedores, pájaros extraviados, gases venenosos, fenómenos meteorológicos inesperados, ladrones, o uno de esos asesinos que hace uso de tu propia almohada.

La radio habla, emite canciones y anuncios, pero ninguno de los sonidos modifica la imagen del parabrisas hasta que el locutor da paso al informe sobre el estado de las carreteras. La apago. Si supiera lo que va a suceder dentro de veinte o treinta kilómetros estaría comprometiendo mi decisión. Lo que veo sobre el salpicadero cobraría una dimensión temporal que no quiero divisar.

A menudo, acabo siendo propietaria de cosas que no quiero. Debo protegerme de cierta información. Hay que aprender a rechazar estadísticas, ofertas, noticias, promociones, regalos, oportunidades a punto de expirar. La curva natural del parabrisas se presta bien a esa función deflectora, al cometido de escudo que le he dado hoy.

Pienso en la imagen que recorta la ventana de mi habitación. Tiene aproximadamente las mismas dimensiones que el parabrisas, pero nunca ha tenido tantas posibilidades. Es un rectángulo sin movimiento que se abre y se cierra, una vía de entrada y de salida. Mi casa nunca me ha transmitido la sensación de seguridad que tengo, mirando al exterior, desde dentro del coche.

En este tramo siempre hay tráfico. El tráfico del que culpamos a los demás cuando nos encontramos dentro de ellos. Dentro de sus mismas intenciones. Las voluntades ajenas nunca nos parecen igual de importantes que nuestras propias voluntades, nuestros planes, nuestras obligaciones, los motivos por los que merecemos llegar antes y las razones por las que deberían, en definitiva, abrirnos paso. Desaparecer.

La velocidad desciende sin llegar a extinguirse del todo, sin llegar a congelar la imagen. Durante varios kilómetros, no conseguimos desprendernos los unos de los otros ni deshacernos del todo de la ciudad.

Rodamos despacio por el cinturón de naves y polígonos que la abastecen. El perímetro delator de cualquier núcleo poblado, por donde confiesan todas sus dependencias y la fealdad colectiva de nuestras vidas individuales, de la comodidad, de la conveniencia.

Hay naves sin vida, desavenencias arquitectónicas de uralita y hormigón. Un paisaje habitado y despoblado a la vez, construido pero inhabitable. El resultado de aislar tanto sentido práctico en un solo lugar.

La culpa de toda esta lentitud la tiene el tráfico pesado.

Le digo a la imagen: Aún no me has mostrado nada que merezca la pena. ¿Vas a continuar siendo una tela

que me cubre los ojos? ¿O vas a enseñarme algo que te pueda librar de lo que eres, de lo que yo he decidido que seas? Una cortina sin nada dentro, sin nada detrás.

Es el resultado de repetir el mismo trayecto todos los días, el movimiento se convierte en otra cosa, deja de ser real. Se desdobra y empieza a parecerse más a un estado de suspensión, de tiempo cancelado.

O puede que el verdadero lastre no sea la repetición. Puede que el único obstáculo del movimiento sea el propósito de este viaje diario, la claridad con la que veo el punto final.

Por eso creo que, si logro sostener todo lo que veo en una imagen sin profundidad, sin alcance, parecida al presente, haré que el trayecto recupere su movimiento real. Echo de menos ese sentimiento de posibilidad, una idea no simplificada del futuro.

El parabrisas no es la ventana de mi dormitorio. Aquí no hay margen para invitaciones al peligro. Las invitaciones al peligro que se me ocurren son absurdas, suicidas. Las probabilidades de que algo salga mal son demasiado elevadas. No he llegado a aburrirme lo suficiente como para querer morir. Ni siquiera sé si he llegado a aburrirme lo suficiente como para tomar riesgos. No estoy hablando de saltar en paracaídas o de hacer *puenting*. Estoy hablando de riesgos que no se anuncian en la prensa local, que no se pagan por horas. Riesgos sin instructor, que no tienen lugar en un entorno controlado. Riesgos sin medida, que nadie ha descrito en un folleto promocional.

Un tramo de carretera inhabilitada por desprendimientos lo solucionaría todo. No hay lugar para invitaciones al peligro pero nunca pierdo la esperanza de un contratiempo inocuo.

El tráfico avanza de nuevo. Nos vamos zafando de las naves industriales y la vegetación empieza a hacerse más visible a ambos lados del autopista.

En un momento aparecerá el letrero que señala el fin del término municipal.

Este tramo atraviesa una extensión de naturaleza modificada, de espacios naturales debilitados por la proximidad de la ciudad. Ningún elemento del paisaje llega a cobrar demasiada fuerza, ni las irregularidades del terreno ni la vegetación. Si hay animales, siempre permanecen invisibles, sólo se ven pájaros que se alimentan de desechos y han aprendido a anidar en lugares construidos por el hombre.

El verdor provoca un estupor afable entre los conductores. Avanzamos inmersos en un ritmo uniforme, sedado.

Por unos momentos la imagen no opone resistencia. Canelo mis pensamientos de finalidad y de propósito. Contra mi prisa y mis ganas de llegar, imagino que estoy en esta carretera por cualquier otro motivo y consigo conectar con una sensación fingida de anti-propósito. Es sólo un momento, como si no supiera quién soy ni a dónde me dirijo, pero todo lo que me rodea me sigue pareciendo una panorámica estática, una imagen incapaz de evolucionar o devenir en nada.

Acelero. Adelanto a algunos coches. El aumento de velocidad no sacude mi entumecimiento. Actúa sobre mi cuerpo, noto el empuje, la inercia, pero no logro recuperar una sensación real de movimiento. Nada avanza. Esta carretera es un río muerto, estancado, maloliente.

El tráfico va mermando a medida que los conductores toman las salidas correspondientes a sus lugares de trabajo.

La carretera se despeja.

Intento retomar la imagen. Vuelvo a encuadrarla sin más profundidad que sus límites visibles.

Cierro los ojos un instante, un instante de oscuridad para limpiar la retina, para reenfocar la vista. Veo mejor. Espero unos metros, espero a que llegue un tramo recto.

Vuelvo a cerrar los ojos y cuento un segundo: «Uno, uno».

Los cierro otra vez. Cuento dos: «Uno, uno. Uno, dos».

Aprieto el volante entre mis manos. Entorno los párpados y cuento:

«Uno, uno. Uno, dos. Uno, tres.»

La recta se acaba.

Pienso: «Eres idiota. Eres idiota y sabes que no puedes permitirte invitaciones al peligro. Ahora no. Aquí no».

Alargo el brazo para abrir la cremallera del bolso y remuevo la negrura de mis pertenencias. No entiendo lo que toco. Tardo un poco el localizar el paquete de chicle. Masticar me relaja. Una vez oí que el músculo de la mandíbula es uno de los más potentes del cuerpo humano. Puede llegar a imprimir varias toneladas de fuerza en un solo mordisco. Eso dicen.

Me gustaría poder imprimir varias toneladas de fuerza sobre lo que veo. Me gustaría hacer que esta imagen estallara, porque después de la explosión, algo, otra cosa, tendría que reemplazarla.

Te gusta inventar problemas, crear malestares innecesarios. Un defecto imperdonable de occidente, de tu educación, del mundo desarrollado. Tienes una noción pornográfica y violenta de la realidad. ¿Explosiones? Nunca has vivido nada realmente violento. Alégrate. Da gracias.

Las puntadas blancas que delimitan cada carril apenas se ven, el firme gastado zumba con la fricción de los neumáticos. Deberían renovar esta autopista tan transitada. Varios meses de retenciones, desvíos, retrasos y extravíos inesperados.

Los necesitamos más que un firme nuevo.

Los árboles que van entrando en la imagen nunca pierden la hoja ni cambian de color en diferentes épocas del año. Lo han hecho a propósito. En un clima sin estaciones, han plantado árboles inmutables que no florecen, ni dan fruta, ni se desnudan.

El cielo ha sido mi único aliado, el único elemento cambiante que me mantenía atenta. Hasta hoy claro, porque estas nubes hinchadas, con los bordes incendiados de sol, son imanes para mis ojos y desbordan con creces la profundidad de la imagen que quiero limitar, la intensidad controlada que quiero darle al presente.

Intento desviar la vista al punto más lejano que alcanzo a ver.

El punto de fuga de la lengua gris ceniza. Ahí es donde me gustaría que acabara el universo, ahí es hasta donde puedo permitirme llegar.

No importa que sea un blanco que se mueve constantemente. Es un método natural de acotación. Vista y presente. Lo que alcanzo a ver y lo que incluye este momento, ahora.

El tráfico ha vuelto a complicarse. Atravesamos un tramo de residencias unifamiliares muy deseables. Los coches que se van incorporando a la arteria principal se mueven con otro propósito, ya no son empleados que van al trabajo. La mayoría son amas de casa acomodadas que llevan a sus hijos al colegio. Conducen con cuidado. Mis vehículos favoritos son los camiones cisterna cromados, metalizados, como espejos cilíndricos que reflejan el movimiento, que absorben todo el paisaje.

Éste es el último tramo de mi trayecto diario.

Esta nave industrial alambrada señala que estoy a menos de cien metros de la salida. Será mejor que mire el retrovisor para cambiar de carril.

Debería dar el intermitente.

El parabrisas hueco me atrae. No hago nada.

Veo el carril que nace de la pista principal. El mismo desvío que tomo cada mañana.

Se acerca muy deprisa. Hasta ahora no tenía noción física de mi velocidad.

La señal que marca el desvío pasa volando.

La señal y el desvío. Han volado.

Siento la velocidad real de mi coche. Su poder expiatorio.

La salida y su señal de cuarenta millas por hora, han desaparecido.

Así de fácil. Antes estaban delante, ahora no.

Me da la risa.

Ni siquiera debería reírme.